

su clase y no de los *rojos*, cuya casaca vistió Luis XVI al pasar revista á la escuadra de Brest. De Estaing ya no volvió á la marina, y la revolución cometió una gran torpeza mandando á los ingleses su cabeza. Rodney por dos veces atacó al conde de Guichen sin resultado, y no esperó á ser atacado por él el día que se unió con Solano.

En las Antillas, los dos Galvez, padre é hijo, se cubrieron de gloria, expulsando á los ingleses de la costa de Honduras y conquistando con sin igual

bravura Mobila y Penzacola. De modo que si las luchas en las Antillas fueron estériles, como dice el historiador Martín, no lo fueron para los españoles que reconquistaron toda la Florida. Y ya no vale la pena de que nos ocupemos más de las operaciones marítimas de la campaña de 1780. Pero ¿cómo dejar en silencio las causas de tanta inacción y de tanto desgobierno, lo mismo por parte de las potencias aliadas, como por parte de Inglaterra? ¿Cómo Inglaterra no consiguió más gloria que la que conquistó



SUFFREN

el almirante Rodney? ¿Cómo, quién, paralizó los esfuerzos de Inglaterra?

Antes de entrar en la exposición de las causas que hacían tan infructífera la campaña de Francia contra Inglaterra, volvamos por un momento al año 1778. Dos grandes hombres van á morir y su misma muerte realzando su prestigio contribuirá de una manera poderosa á la caída del antiguo régimen.

Voltaire, que hacía 28 años que no había visto á París, regresaba á la gran ciudad para morir en ella. El día 10 de Febrero de 1778 hizo su entrada en la capital de Francia el hombre que había dejado de aparecer por ella el día que creyó perder la benevolencia de la corte. Su emigración voluntaria había hecho creer en la realidad de un destierro que no existía, así apenas se supo su regreso de la república de Ginebra ó de Ferney, en donde había residido hasta entonces, mientras sus amigos corrían á su encuentro

para felicitarle, sus implacables enemigos, el clero, acudía á Versalles para que el rey mandase salir de París al *enemigo de la religión y de las buenas costumbres*. Por fortuna la reina y el conde de Artois se pusieron de parte de Voltaire, y el rey se limitó á negarle su visita. El conde de Provenza, no menos rígido y devoto que Luis XVI, habíase pronunciado contra el parecer de la reina y de su hermano, y como es de suponer, cuando el público conoció estas intimidades nada ganó con ellas el débil rey, quien asistió á una función de su capilla, en donde el cura encargado del sermón se deshizo en ataques contra Voltaire, á la vez que impedía que en las demás parroquias de París se le atacase, y como el clero reclamase contra esta prohibición, levantola el rey, pues, en compensación, mandó al escultor Pigalle que hiciera su estatua, y prohibió á los periódicos de París que le atacasen. Así era la corte y así era el rey.

Todo París corrió al encuentro de Voltaire, y constantemente la casa que habitaba, la del marqués de Villete, esquina á la calle de Beaune y del Quai

Voltaire, estaba constantemente rodeado de una multitud ansiosa de saludarle y de conocerle. Turgot fué á visitarle, y, al verle, quiso besar sus manos Voltaire.



Ultimo discurso de lord Chatham

«Permitidme que bese esta mano que ha firmado la emancipación—*salud*—del pueblo le dijo.»—Franklin, que el día que con sus compañeros fué recibido oficialmente en Versalles, al salir de palacio había pasado con toda ceremonia á hacer una visita á la esposa de Lafayette, fué también á visitar á Vol-

taire, llevando en su compañía á su nieto para que el patriarca de Ferney le diera su bendición. Y como cuenta Voltaire en una de sus cartas, lo hizo delante de veinte personas, poniendo su mano en la cabeza del niño diciendo: «*Dios y libertad*, hé aquí la única bendición que conviene á un nieto de Franklin.» Lo

que no nos ha dicho Voltaire es lo que habló con el embajador de Inglaterra que entró á visitarle al salir Franklin de su estancia. Voltaire hacía también sus visitas. Visitó la Academia de ciencias, y la Academia en corporación salió á recibirle como si se tratara de un monarca, haciendo que á su lado se sentara Franklin. Cuando el público vió unidos á los dos hombres que mejor representaban lo que el pasado había hecho para el presente, y lo que el presente hacía para el porvenir estalló en aplausos, y como pidiera que se dieran el ósculo de amor que unía ya las dos naciones en una sola aspiración, Voltaire y Franklin se besaron en medio de los transportes del júbilo de un público tan entusiasta como ilustrado.

La compañía de la comedia francesa en corporación fué igualmente á hacerle su presentación, así no es de extrañar que tantas emociones juntas quebrantaran su cuerpo y se viera obligado á guardar cama. Pero su enfermedad (del 15 de Febrero al 4 de Marzo) no hizo más que aumentar el frenesí de la pública simpatía. La reina y el conde de Artois hicieron preguntar por su salud, el duque de Richelieu y la condesa du Barry fueron á visitarle, el mismo rey quiso saber de él enviándole al conde de Augevilliers con pretexto de hacerle saber que su amo había encargado su busto á Pigalle, la esposa de Necker, la gran actriz Clarion, el célebre compositor Gluck, cuanto, en fin, de más notable contenía París acudía á su casa. La enfermedad se agravaba y parecía esta vez mortal. Así se dispuso en su casa el ensayo de su última tragedia, que tuvo lugar el día 23 de Febrero, y desde este día se le creyó irremisiblemente perdido, pues le dió un violento vómito de sangre.

La Iglesia se alarmó con la noticia de su inminente fallecimiento, y no quería que se renovara el escándalo de la muerte del príncipe de Conti, que falleció en 2 de Agosto de 1776, negándose terminantemente á recibir los Sacramentos. Tales ejemplos, viniendo de los más altos de la sangre y de la inteligencia, no podían menos de ejercer una influencia que la Iglesia estimaba fatal para sus enseñanzas, era necesario apoderarse de Voltaire, si esto no era posible, Voltaire debía salir expatriado de París. Esto es lo que pedía su arzobispo al atribulado y tolerante guarda sellos Miromesnil.

Voltaire consultó su caso con de Alembert, y éste le aconsejó que no se hiciera ruido sobre el particular y que hiciera lo que tantos otros, y como le instara el ex-jesuita y capellán de los incurables, Gaultier, para que le recibiera, y como precisamente

fuera Gaultier quien hubiese convertido al abate Lattaignan, que fué de lo más libertino del siglo, y á quien Voltaire dedicó los últimos versos que salieron de su pluma, que no dan, por cierto, motivo para creer en una profunda contrición, Gaultier fué recibido, y confesó el día 2 de Marzo al gran filósofo, quien, á prevención, había ya depositado, desde el día 28, en manos de su secretario, su verdadera profesión de fe, que era la siguiente: «Muero adorando á Dios, amando á mis amigos y detestando la superstición.» ¿Fué esta profesión de fe la que le hizo escribir y firmar el abate Gaultier? Martín dice: «que se confesó y suscribió una declaración de fe católica, pidiendo perdón á la Iglesia del escándalo que le hubiese causado.» ¿Cómo ha podido E. Martín decir cosa tan grave sin justificativo alguno? ¿Si Voltaire hubiese firmado la profesión de fe que E. Martín le atribuye, y cuando precisamente en sus últimos instantes el sacerdote acudió á su cabecera, como decimos, hubiese dejado pasar el arzobispo de París la ocasión que se le había ofrecido para presentarle á los ojos de la Francia y de la humanidad como un arrepenido?

Nosotros hemos estudiado este punto y confesamos que nos sorprende la poca seriedad de los autores franceses sobre la cuestión. Ya hemos dicho lo que ocurrió: su prueba es sencillísima.

Por la carta de de Alembert al rey de Prusia, sabemos que no quería Voltaire escándalo á la hora de su muerte, no creía conveniente que la intolerancia se manifestara sobre su cadáver. ¿Había algo más que esto? Las cartas de aquellos días que precisamente han llegado hasta nosotros nos ilustran.

El abate Gaultier escribió, en 20 de Febrero, al ilustre enfermo una carta tan atenta como afectuosa, cuyo contenido es el siguiente:—«Muchas personas, muy señor mío, os admiran; yo deseo, desde lo más profundo de mi corazón, ser de su número, y puedo gozar de esta ventaja si vos queréis, puesto que de vos depende. Todavía es tiempo; y mucho más os diría si me permitierais una entrevista con vos. Aún cuando soy el más indigno de todos los ministros, no os diré, sin embargo, nada que no sea digno de mi ministerio, y que no deba seros agradable. Aún cuando no me atrevo á esperar que me dispenséis tan grande felicidad, no por esto os olvidaré en el muy santo sacrificio de la misa, y rezaré por vos con el mayor fervor que me sea posible al Dios justo y misericordioso para la salvación de vuestra alma inmortal, que tal vez está á punto de ser juzgada por todas sus acciones. Perdonadme la libertad que me he tomado de escribiros; mi intención es la

de prestaros el mayor de todos los servicios posibles, y esto lo puedo con auxilio de Aquel que elige á lo más débil para confundir lo más fuerte. Cuán dichoso no sería si recibiera una respuesta conforme á los sentimientos con que queda de vos, etc.» Y no hay duda que la extremada benevolencia de un sacerdote que le aseguraba que aún cuando no quisiera recibirle «lo que no se atrevía á esperar,» no por esto dejaría él «de rogar á Dios por su salud en el Santo Sacrificio de la misa,» hubo de determinarle á escribirle el día siguiente una carta firmada *Voltaire*, importantísima para el asunto de que tratamos. La carta dice así:—«Vuestra carta, señor, me parece la de un hombre honrado; y esto me basta para determinarme á recibir el honor de vuestra visita, el día y en el momento en que os plazca hacerla. Os diré lo mismo que he dicho al dar la bendición al nieto del ilustre y sabio Franklin, el hombre más respetable de América, esto es: *Dios y libertad*. Todos los que á la sazón estaban presentes derramaron lágrimas de ternura. Yo no sé si me hago la ilusión de creer que vos participáis de los mismos sentimientos.»—«Tengo ochenta y cuatro años; y muy pronto compareceré delante de Dios, creador de todos los mundos. Si tenéis algo que comunicarme, consideraré un deber y un honor recibir vuestra visita, á pesar de los padecimientos que me abruman.»

Esta carta prueba cual era el estado de su ánimo, y cuales eran sus convicciones. El abate Gaultier pues, fué llamado por un billete de Voltaire del 26 del mismo mes, y con fecha del día siguiente, la señora Denis, nieta de Voltaire, le escribió igualmente en el mismo sentido. Sin embargo, en una carta sin fecha del mes de Mayo, escrita al cura de San Sulpicio, su parroquia que hubo de quejarse que se hubiese llamado á Gaultier, Voltaire se excusa diciendo: «Principió el abate Gaultier por escribirme á la primera noticia de mi enfermedad, luégo vino á ofrecerse en persona...» No hay duda, pues, que Gaultier hubo de presentarse entre los días 22 á 25 en casa de Voltaire, y que éste no le recibió ó no pudo recibirlo.

¿Qué pasó entre Voltaire y Gaultier? ¿Qué se convino, que se firmó? Al escribir el cura de San Sulpicio la atenta y fina carta de Voltaire que le reconocía «como un hombre de primer orden de su estado,» y en la que no se le invitaba para conferenciar, ni se le pedía tampoco una respuesta, «porque vuestro tiempo es demasiado precioso» dice Voltaire, el abate Tersac, contestó en términos no menos atentos, pero pidiéndole una conferencia. ¿A qué

fin?... «Si me permitís hablar con vos alguna vez, espero que convendréis que en adoptando perfectamente la sublime filosofía del Evangelio, podréis hacer el bien más grande...» «pues de hombre tan eminente por sus talentos, el ejemplo sólo haría millares de hombres dichosos, y tal vez en la época más interesante para las costumbres, la religión, y todos los verdaderos principios, sin las cuales la sociedad no será jamás sino un conjunto de desgraciados insensatos, divididos por sus pasiones, y atormentados por sus remordimientos.» Creemos que de esta carta se está muy lejos de deducir la retractación que supone lo dicho por E. Martín. Hay más. El abate Gaultier escribe en 13 de Marzo nueva carta á Voltaire en la que le dice:—«He deseado, muy señor mío, saber noticias vuestras; me he presentado varias veces en vuestra casa, y siempre inútilmente. Todo lo que se me ha dicho es que no estabais visible. Deseo que se restablezca vuestra salud y no ceso de pedir, en el santo sacrificio de la misa, que el Dios de bondad os conceda días felices. Persuadíos de mis sentimientos, que no pueden ser ni más vehementes ni más sinceros. Si me permitís que venga á veros, os diré de viva voz lo que no oso señalaros en esta carta, más dictada por el corazón que por el espíritu.» Dos días después recibía el impertinente abate la siguiente respuesta:—«El dueño de la casa ha dado orden á su suizo, que no se dejase entrar más eclesiástico que el cura de San Sulpicio. Cuando el enfermo haya recobrado un poco más su salud, tendrá sumo placer en recibir al señor abate Gaultier.» Esta carta lleva por firma *De Voltaire*.

Voltaire se restableció completamente, y como no llamara al abate, éste el día 30 de Marzo le escribió nueva epístola, en la que después de felicitarle por su restablecimiento y de asegurarle que no le ha olvidado en el sacrificio de la misa, le dice:—«Me he presentado varias veces en vuestra casa para felicitaros por vuestra convalecencia. Siempre se me ha contestado que nada había que hacer. No sé lo que esto significa, sobre todo después de lo que vos me habíais escrito de que me veríais con gusto cuando os hallárais algo restablecido. No me presentaré más en vuestra casa...» Ni *Voltaire*, ni *de Voltaire* respondió á esta misiva. ¿El despechado abate hubiese dejado de insinuar algo de tener en su poder la retractación del hombre, que en medio de los grandes acontecimientos que se preparaban absorbía la atención de París?

Completamente repuesto de su enfermedad el ilustre anciano, continuó su vida de agitación y de fatigas que tan fatal había de serle. Pero Voltaire,